

Carlos Monsiváis:

Para catequizar a Mefistófeles

Adolfo Castañón

La obra polifacética de Carlos Monsiváis encuentra en Adolfo Castañón a uno de sus lectores más rigurosos. Recuento de su trabajo, al tiempo que remembranza, Castañón nos ofrece aquí el itinerario de uno de los clásicos de la literatura mexicana moderna.

*—¿Y tú crees en Dios?, me preguntó Monsiváis.
—No sé, le respondí. Sólo sé que Él cree en mí y en ti,
pues si no ni siquiera estaríamos aquí.*

“La muerte es una fiesta y un día de guardar: un espacio hueco en el calendario de cuya oquedad participamos todos”.

Hace algunas semanas Carlos Monsiváis participó en El Colegio de México en un coloquio sobre Alfonso Reyes. Ahí dijo que Reyes era más conocido que leído. Al salir de esa conferencia le dije que se habían hecho más de sesenta antologías de la obra literaria de Alfonso Reyes. Ahora pienso que, al igual que Alfonso Reyes, Carlos Monsiváis es muy conocido pero muy poco leído. Nos toca a nosotros, sus lectores y editores, preparar el camino escrito para volver a transmitir su herencia.

Monsi, Carlos, Carlos Monsiváis, Carlos Monsiváis Aceves (1938-2010), el hijo prodigioso que le tocó alumbrar a doña Esther, nació en la Ciudad de México, cuan-

do estaban por terminar la Guerra Civil en España y por dar inicio a la Segunda Guerra Mundial. Al igual que José Emilio Pacheco y Sergio Pitol —los otros Tres Mosqueteros de la Tríada— cuyo D’Artagnan sería Elena Poniatowska, viviría su infancia en el México de Manuel Ávila Camacho y de Miguel Alemán y su larga adolescencia en el de los presidentes adolfos, apellidados Ruiz Cortines y López Mateos, a quienes tocaría administrar la lotería del presidencialismo priista —para aludir a Gabriel Zaid— consolidada indirectamente por los (c)réditos del Plan Marshall.

Se sabe que gracias a su heroica e inquebrantable madre, alimentado con el pan ácimo de la cultura bíblica, el niño que fue Carlos memorizó buena parte de los libros bíblicos, en particular el Antiguo Testamento —en la traducción clásica de Cipriano de Valera y Casiodoro de Reyna.

Esta formación lo llevó a ser precoz disidente: un niño protestante y ya culto en medio de católicos nacio-

nalistas e intransigentes. Muy pronto llegó a la Universidad Nacional Autónoma de México: hizo estudios de economía, derecho, letras, filosofía, historia. Supo hacerse compañero y amigo de economistas como Rolando Cordera, abogados como Carlos Fuentes y Porfirio Muñoz Ledo, y de la miscelánea compuesta por Javier Wimer, Rafael Ruiz Harrell, Margarita Peña, las hermanas Galindo, Marco Antonio Montes de Oca, Arturo Azuela y Daniel Reséndiz Núñez, entre muchos otros. Colaboró en revistas estudiantiles como *Medio siglo* de la que fue secretario de redacción. El doctor —así le decían— Elías Nandino le abrió a Carlos Monsiváis y a José Emilio Pacheco las puertas de su revista *Estaciones*, donde el joven Carlos publicaría algunos de sus primeros ensayos y crónicas. Poco más tarde, colaboraría en Radio Universidad y en la *Revista de la Universidad de México* bajo la dirección de Jaime García Terrés y en la compañía de una brillante generación de escritores y artistas, como Jorge Ibarguengoitia, Juan García Ponce, Emilio García Riera, Vicente Rojo, Manuel Felguérez, José Luis Cuevas, José de la Colina, José Luis Ibáñez, entre muchos otros.

Su vocación afinada y refinada por las letras lo lleva a publicar antes de cumplir treinta años una *Antología de la poesía mexicana del siglo XX* (1966), que pasa a ser una referencia literaria indiscutible. El cine y la crítica, la poesía y el humor, la política y la caricatura, la novela y la sociología, el teatro culto y el teatro de carpa, las artes plásticas, la historia del arte: todo y más parece intere-

sarle a este autor inclasificable, lector pertinaz y curioso errante, hijo de la prodigiosa colonia Portales.

En 1968, el itinerario contemplativo se transformará en itinerario militante y en camino de Damasco del espectador comprometido. La experiencia de la violencia y la persecución política de 1968 —y de los años subsiguientes— harán madurar en Monsiváis una conciencia civil y un enconado designio apocalíptico en relación con las instituciones políticas. Esa experiencia sustantiva lo acompañará a lo largo de sus días, como prueban sus libros sobre el 68, publicados en colaboración con Julio Scherer. Su libro de crónicas y ensayos titulado emblemáticamente *Días de guardar* es prenda de ese momento. Emblemáticamente: *de guardar*: alusión al ayuno y al toque de queda, tácita evocación de la abstinencia y de la represión. Con José Emilio Pacheco y Vicente Rojo, Carlos Monsiváis fue invitado por el carismático Fernando Benítez a dirigir un suplemento literario semanal. Terminaría asumiendo en la revista *Siempre!*, fundada por José Pagés Llergo, la dirección de esas páginas. Ahí revelaría Monsiváis una de sus muchas virtudes: la de editor y maestro de ceremonias, la de pastor de las palabras ajenas y (la expresión todavía no estaba de moda) la de *head-hunter* o caza-talentos, la de importador y traductor de preciados y preciosos bienes imaginarios, y sobre todo, la de subrepticio comentarista de la actualidad. Será en las páginas de la revista *Siempre!* donde Monsiváis pondrá en marcha una disimulada e implacable “máquina de guerra” a la par diverti-



© LA JORNADA / María Luisa Secoriano

Margo Glantz, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco y Carlos Monsiváis, junio de 2009

da y crítica —crítica porque divertida: la sección “Por mi madre, bohemios”, suerte de *sottisier* forense. Ahí, el espectador comprometido se solazará poniendo puntos sobre las íes y sobre las jotas a las declaraciones bobas, inconscientes o aun intencionadas que van prodigando por el escenario nacional los diversos paquidermos, plantígrados, parásitos y equinodermos que dan voz a la clase política y empresarial, y ayudará irónicamente a “documentar nuestro optimismo”. Carlos Monsiváis ha encontrado una veta cuyo filón lo llevará a los antros más recónditos del medio pelo de la clase empresarial y financiera dominante. Al mismo tiempo, en la famosa e inolvidable sección, Carlos desplegará sus talentos estilísticos como autor de impecables y sangrientas parodias, de incisivas viñetas y retratos hablados de personajes nombrables e innombrables. (Su arte de retratista, como señala Jesús Silva-Herzog Márquez, es tan impecable como implacable).

Junto a la denuncia en plano oblicuo, se entrega al saludable ejercicio de la parodia de modos y modales, gestos y aspavientos. La raíz protestante de Monsiváis lo hace una suerte de risueño y crítico caballero andante. Él mismo dirá en su *Autobiografía precoz* con cuánta pasión leyó de niño el *Pilgrim's Progress* de John Bunyan. Esta referencia no es trivial, si se piensa que el libro de Bunyan está en la raíz de la novela moderna, y que *El proceso* de Franz Kafka puede ser leído y desarmado a la luz de esta ficción parabólica. ¿Cabría leer la escritura alborotada de Carlos Monsiváis como una suerte de eco de los libros de Franz Kafka y de John Bunyan?

El entronizamiento de Carlos Monsiváis como director del suplemento “La Cultura en México” —el espacio donde lo encontró el suscrito Castañón en 1974— refrendaría a Monsiváis como una suerte de gurú y —para algunos compañeros de izquierda— como un sucedáneo de la Voz Divina que cuida a los niños desde las nubes. También le ayudaría a abrir las puertas de los medios, la radio y la televisión, espacios pseudo-solares desde los cuales esa araña nunca rencorosa llamada Carlos Monsiváis saludaría a su creciente público.

Poco a poco, el estilo de Carlos empieza a cambiar y a hacerse más limpio y, si se puede decir, clásico: el barroquismo, la gesticulación y el aspaviento de la conciencia paródica empiezan a transformarse en máscara transparente. El fundador del nuevo periodismo mexicano —entre mestizo, criollo y criollinaco— empieza a transformarse, y el ensayista de *Días de guardar* y de *Escenas de pudor y liviandad* cederá su lugar al prosista de *Entrada libre* —uno de sus libros más lúcidos—, *Aires de familia* e *Imágenes de la tradición viva*, obras donde el escritor parece más preocupado por la sobrevivencia y perduración de su discurso que por el apego a los manierismos de un Oscar Wilde de los suburbios. Más conocido como cronista que como autor de ficciones y

fábulas, Monsiváis tiene también una vertiente imaginativa como la orientada por el *Nuevo catecismo para indios remisos*, donde el travieso encantador que seduce con su flauta es capaz de llevar al abismo a los roedores que somos los animales de biblioteca.

En ese proceso sería definitiva la amistad leída con Daniel Cosío Villegas —una figura con la cual *no* suele asociarse a Monsiváis pero con la que no deja de tener afinidades por su vigorosa defensa del laicismo y la prohibición civil—, Octavio Paz y aun diría yo, Gabriel Zaid, su leal antípoda. Su participación simultánea en los medios audiovisuales y en la prensa, la vocación misionera que lo llevaba a estar recorriendo los caminos en una suerte de baile chamánico alrededor de la presa (¿la prensa?) acosada, su indudable ascetismo y abnegación, su flamígero sentido del humor y su vocación por la alegría cristalizada en el poema y en la obra de arte, su bibliomanía, su avidez de coleccionista que lo lleva a armar un espacio como el Museo del Estanquillo, hicieron de Carlos Monsiváis una figura enigmática, tensa y como alzada a vueltas en una cruz cuya horizontal sería el movimiento instantáneo pero fugaz y olvidadizo de los medios y cuya vertical la representaría la línea de la conciencia civil comunitaria y de la letra escrita en clave a la par testimonial y profética.

Más que cristiana y a pesar de su formación protestante, la de Monsiváis fue una cultura ávida de modernidad, sedienta de valores como los encarnados por los dioses de la mitología griega y heredados por los helenistas modernos (de Walter Pater en adelante) y, muy en particular, por el puñado de devotos de Grecia que fue el grupo de El Ateneo, con Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes a la cabeza. Si bien se han ponderado sus virtudes de espectador y maestro desinteresado, su facultad para leer todos los periódicos antes de las 8 de la mañana, su sentido del humor y su capacidad casi instintiva para reducir al absurdo las tramas y tramoyas de la conciencia libresca y política y del polvo de las horas proyectadas por el cine y la televisión, el vigor intelectual y creativo de este tratadista de la desenvoltura práctica y teórica, leída y vivida, Monsiváis sigue siendo una figura enigmática y carismática en sus facilidades y dificultades, en sus caídas, tentaciones y exaltaciones. Una figura intraducible, como el cine antes de Lumière, cuyo resplandor quizás habrá que explicar a las generaciones del presente por venir que ya se asoman a las vueltas del río. No será tan difícil. En la corriente alterna de Carlos Monsiváis se combinan el cómic a la Burrón y la teología a la Bultmann, el cotilleo tricolor, la anécdota inolvidable y el principio de la esperanza de Ernst Bloch y de Walter Benjamin. Ésas son algunas de las razones que alimentan el fuego de esa fiesta civil de la palabra que fue y es su polimorfa escritura.